

Cuándo llegará ese cuando (Guerrero y Acatempan en la revolución de Independencia)

Nubes tempestuosas son las del Sur —dijo Alamán en algún momento—, pues siempre acababan por extenderse por todo el país, provocando grandes tempestades. Y no le faltaba razón. Así ha sido en varios momentos de la historia mexicana, en los que los ríos, las montañas y las costas de Guerrero han sido vitales para las revoluciones.

Hablemos ahora, por los festejos en que nos encontramos, de una de ellas, la de 1810, en la que esta tierra bronca e inabordable para los fuereños, mantuvo la llama de la libertad. Este Sur inexpugnable fue el que provocó los afanes de Morelos por establecer aquí una provincia insurgente, cuya capital fue primero Tecpan, y luego Chilpancingo, y que tenía una defensa natural formidable: el río Balsas-Mezcala.

Pero inexpugnable no quiere decir aislado. Por ende, Morelos no prendió la mecha insurgente con grandes esfuerzos, pues ya desde antes, en 1808 por lo menos, un licenciado Castillejos y el comerciante poblano Francisco Guevara, entre otros, se encargaban de promover la infidencia. A estos afanes independentistas se debía, aseguró el cura de Apaxtla en abril de 1809, el motín que tenían en su contra y en contra de las autoridades civiles, los feligreses del pueblo de Tlanipatlán, quienes se identificarían en principio con el nuevo dominador de España, con el que humilló a la Corona y al rey. Dijo el párroco Luis de Vivanco, según un documento localizado en el Archivo General de la Nación, lo siguiente:

Toda la revolución de aquel pueblo dimana de ocho cabecillas principales que lo tienen atemorizado con prisiones y azotes, como señores despóticos, y en particular uno de éstos llamado Josef de la Cruz alias Bonaparte ha dicho públicamente, que es el rey del pueblo, que al subdelegado, al cura y demás justicias los tiene bajo de sus pies.

Enterado de los problemas del prelado vecino, en Teloloapan Martín Diego de Soto exhortó también desde dicho año a sus fieles, para que no



hicieran caso de tales ligerezas; y ya en el once, con la revolución a cuestas, puso especial empeño en condenar a todos los que siguieran la causa rebelde, a los que le prestaran cualquier género de ayuda, o no la denunciaran.

En este sentido fue muy reiterativo, aprovechando siempre los momentos en que Teloloapan estaba custodiada por las tropas virginales, pues cuando no, sus empeños iban más en el sentido de exigirle a los jefes de armas y al propio virrey, que no abandonaran dicha población, por “considerarla de gran importancia en el comercio con la Tierra Caliente y el Mezcala, Taxco y otros lugares”, argüía. Obviamente, además debió tener algo de preocupación por su seguridad personal ante la llegada de las “hordas facciosas”, como que desde que estuvo en Acapulco a fines del XVIII, se hizo poco grato a los ojos de los indígenas y las castas; situación que se repetiría a no dudarlo en Teloloapan, pues ahí todos sus empeños iban en pro de la cofradía de españoles, y en evitar que éstos, como gente de razón, se casaran con la que supuestamente no la tenía.

En tales condiciones, y con un odio de clase muy marcado, Diego de Soto utilizó varios púlpitos, entre ellos los de Teloloapan, Apaxtla y Acapulco, y la dirección de las Juntas Patrióticas de Realistas, para despotricar contra los herejes, desleales y traidores ocupados en un desenfundado libertinaje, culpables de la corrupción de las costumbres, y de la disolución y la infelicidad del otrora bienaventurado reino.

Por supuesto que muchos no le hicieron caso, contestando a las amenazas de excomunión y penas de muerte con coplas populares enaltecedoras, como ésta:

*Quando llegará ese cuando
que tanto el alma desea
que la América se vea,
de su libertad gozando.*

En 1814, cuando Morelos descuidó la línea del Mezcala para irse a expedicionar sobre Valladolid, el virrey Calleja ordenó a José Gabriel de Armijo, flamante jefe de la División del Sur y rumbo de Acapulco, que limpiara de rebeldes toda la zona, escarmentando

sin consideración a los líderes. Es indudable que durante 1814 y 1815 éste cumplió con su objetivo, provocando con su campaña permanente la aprehensión de Morelos; pero para los años venideros ya no le fue tan bien, debido sobre todo a la nueva estrategia de ataques dispuesta por el que terminaría siendo el principal rebelde del Sur: Vicente Guerrero.

Con él, Armijo intentó de todo: la amenaza, la persuasión, el indulto oficial, el perdón amistoso; mas nada le resultó. Tuvo algunos éxitos, como la captura entre finales de 1817 y principios de 1818 de Nicolás Bravo, Ignacio López Rayón, Sixto Verduzco, José Vázquez y otros, pero esto no hizo sino incrementar los ataques insurgentes contra algunas guarniciones. Ya en 1820, el coronel realista Juan Nepomuceno Rafols aseguraba, con mucha certeza, que el éxito de Guerrero y de Pedro Ascencio de Alquisiras se debía no sólo al mal clima que hacía estragos entre los soldados, y a la incapacidad de mando de Armijo, con el consabido desorden de las tropas, sino también a la comunión que había entre los ideales de independencia que enarbolaban dichos jefes y los pueblos. Así lo informó al virrey Juan Ruiz de Apodaca: “Esta visto que estos pueblos estarán tranquilos ínterin tengan tropa a su vista, pero luego que éstas se separen y haya algún malvado que levante el grito de la rebeldía volverán a sublevarse”. Luego añadía que si se quería acabar ya con dicha situación, no había más alternativa que implementar la destrucción de los principales pueblos sediciosos y la recolonización, no dejando en los campos ninguna troje de maíz que pudieran aprovechar los insurrectos.

Como ni Armijo ni Rafols pudieron con el paquete de la pacificación, las autoridades virreinales mandaron a la comandancia del Sur a Agustín de Iturbide, quien, batallas más, y derrotas también, optó por negociar con Guerrero un plan de Independencia.

Vicente Guerrero nunca llegó a la altura de Hidalgo y de Morelos en cuanto a pensamiento político y social, pero es indudable que los aventajó, por más que digan lo contrario Francisco Bulnes y el padre Mariano Cuevas, en pericia militar, en astucia y en resistencia física. Ni qué decir de su capacidad de mando y de su conocimiento a detalle de la geografía, del terreno que

pisaba, debido a sus años de arriero. Abnegado, heroico, patriota, independiente, libre y republicano, su nombre mismo era, decían sus contemporáneos, una invitación a la lucha:

*A las armas, valientes indianos,
a las armas, corred con valor,
de Guerrero seguid el partido,
seamos libres y no haya opresión.*

Tras un breve intercambio epistolar, dichos jefes se reunieron en Acatempan para consolidar una alianza conveniente a la patria. Sin embargo aquí vienen los problemas: según unos esto ocurrió el 10 de enero de 1821; para otros no fue sino el 10 de febrero, y los menos opinan que se dio hasta marzo. Yo soy de estos últimos.

En tal fecha de enero no pudo ser, ya que ese día Iturbide le dirigió su primera carta al suriano desde el punto llamado Cualotitlán, en la cual le dice estar enterado de su disposición a lograr la felicidad de la patria, y por lo mismo le pedía contribuyera a ella cesando sus hostilidades y sujetándose a las órdenes del gobierno, con la seguridad de que ya se trabajaba en el Congreso de España por el reconocimiento de la ciudadanía para todos los mexicanos, a quienes se les daría un monarca propio. Añadía:

Pero cuando esto no sea, persuádase ud. que nada omitirán de cuanto sea conducente a la más completa felicidad de la patria. Mas si contra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda, a defender nuestros derechos; y lo juro a ud. y a la faz de todo el mundo, bajo la palabra de honor en que puede ud. fiar, porque nunca la he quebrantado ni quebrantaré jamás.

Luego le escribió otra el 16, según Carlos María de Bustamante en su *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana de 1810*, en la que le ratificaba sus afanes.



Guerrero contestó el 20 del mismo mes la carta primera. Tras hacerle un recuento de la opresión en que los tenían los españoles, así como los engaños a que los sometieron, y que fue causa de que los habitantes de estas tierras se decidieran a pelear bajo el lema "Independencia, y odio eterno a aquella gente dura", le aseguraba que si realmente estaba en favor de los verdaderos intereses de la nación, no habría mayor inconveniente para la unión, aceptando incluso quedar bajo sus órdenes, no por falta de capacidad, sino por des-



prendimiento de toda ambición e interés por el poder. Por lo tanto, agregaba,

[...] ocúpese ud. en beneficio del país donde ha nacido, y no espere el resultado de los diputados que marcharon a la Península; porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia, por cuyo medio veremos prosperar este fértil suelo, y nos eximiremos de los gravámenes que nos causa el enlace con España.

Finalmente, le dice que los americanos no deben tener más divisa que ésta: “Libertad, Independencia o muerte”. Si es así, ahí estaba su decisión y su preferencia por ser su más fiel amigo y servidor; si no, ahí estaría su espada para batir a cualquier tirano y a cualquier servidor de España, incluido Iturbide.

Lucas Alamán, Anastasio Zerecero y Carlos María de Bustamante coinciden en señalar que Iturbide recibió esta carta el 4 de febrero, día en que también la contestó desde Tepecoacuilco, manifestándole al tixtleco que estaba listo para conferenciar con él y para darle un abrazo que confirmara su expresión de amistad, pues más harían en media hora de conferencia, que en muchas cartas. Para ello, le pidió se acercara a Chilpancingo, sitio hacia donde él se dirigía.

Sobre la fecha de febrero, más parece un intento de darle una participación activa a Guerrero en el Plan de Iguala y en la confección de la bandera, que otra cosa. Por ejemplo, Herminio Chávez Guerrero sostiene que se vieron en las lomas de Atempa, sitio cercano a Tepecoacuilco, el 10 de febrero, pero cuando quiere justificar o probar el aserto sobre la base de un “Diario de sucesidos” localizado por Carranco Cardoso en el archivo municipal de este último poblado, nada más no le salen las cuentas. Según la reproducción que hace de dicho documento en su obra sobre Vicente Guerrero, la reunión se verificó no el 10, sino el 5 de ese mes. Pero resulta que el autor rechaza su propia fuente al proponer aquella fecha como buena, pues el mensajero —arguye—, debió tardar dos días a caballo para llevar la carta de Iturbide del 4 hasta Chilpancingo, otros dos días para encontrar a don Vicente, y dos más para regresar, aunque nunca dice si solo o acompañado por éste. En suma, nuestro contemporáneo Chávez Guerrero no ofrece ninguna prueba convincente como para concluir que la famosa entrevista se diera en tal día.

Mucho antes que él, Lorenzo de Zavala también dio



por sentado que tan trascendente acontecimiento ocurrió en febrero, aunque no se atrevió a ser tan exacto, postulando sólo un: “a mediados”, que oyó de propia voz de Guerrero.

Al respecto, mientras Bustamante prefirió no hacer comentario alguno y dejó en el tintero el lugar y la fecha del encuentro, Lucas Alamán rechazó la versión zavalista, dudando incluso que se hubiera llevado a cabo la reunión. No obstante, de ser cierta, concluye, no pudo darse antes del 13 de marzo, según cartas que se enviaron Guerrero e Iturbide por esas fechas. La del insurgente al jefe realista, sito en Teloloapan, fue escrita el 9 de marzo desde el campo del Gallo, avisándole en una de sus partes lo siguiente:

Mañana muy temprano marchó sin falta de este punto para el de Ixcatepec, y en breve tendrá v.s. a su vista, una parte del ejército de las Tres Garantías, de que tendré el honor de ser un miembro y de presentarme con la porción de beneméritos hombres que acaudillo, como un subordinado militar. Ésta será la más relevante prueba que confirme lo que le tengo ofrecido, advirtiéndole que mi demora ha sido indispensable para arreglar varias cosas, como le informará el militar D. José Secundino Figueroa, que pondrá ésta en manos de v.s., y con el mismo espero su contestación.

Iturbide le respondió el 13, señalando que al día siguiente saldría a recibirlo y lo estrecharía con un abrazo.

Además de estas dos cartas dadas a conocer por Alamán en su monumental *Historia de Méjico*, hay otro documento que nos permite señalar que, en efecto, hubo encuentro en Acatempan para una revista militar al parecer el 14, previa reunión este mismo día en Teloloapan. Localizado en el Archivo General de la Nación, Ramo Operaciones de Guerra, tomo 89, fojas 345-348, y publicado en 1963 por mi muy estimado maestro y amigo Ernesto Lemoine Villicaña, dice en una de sus partes:

El día 14 se unieron en Teloloapan, trayendo Guerrero indistintos oficiales de su farsa, mas no su canalla insurgentes, allí tenía Iturbide toda la tropa de caballería e infantería, que contada una y otra con tambores, pitos y

cornetas, era en total 970 hombres, celebrando en el propio día la jura de Independencia en esta forma: “juráis defender la Religión, la Independencia, la unión de europeos y americanos, y al rey constitucional, con cuyas tropas no nos hemos de chocar, sino con las del virrey?”

En el pueblo de Acatempan, inmediato a Teloloapan, estaba la fuerza de Guerrero y Pedro Ascencio, vestidos 400 hombres, y el resto encuerados, y los más enteramente debilitados y enfermos, componiéndose el total de fuerza de 4 800 hombres. Allí pasó Iturbide, a quien recibieron con salvas cosa de 800 hombres formados en el pueblo, manteniéndose el resto acampados en los márgenes, desconfiando de este modo de Iturbide y de unirse a sus tropas, temiendo encuentro con ellas.

Este informe, escrito por Tomás Cagigal al coronel José Gabriel de Armijo, lleva por fecha el 18 de marzo. Aquél sabía lo que decía, siendo muy probable que incluso estuviera presente en dichos eventos, pues, en opinión de Alamán, no fue sino hasta el 17 de marzo cuando desertó del bando iturbidista, pasando a Taxco junto con doscientos de sus hombres.

En los meses siguientes la iniciativa de separarse de España fue incontenible, y ya para agosto era un hecho. Sólo faltaba, como acto simbólico, la toma de la capital novohispana, lo que sucedió el 27 de septiembre. Es cierto que la unión fue efímera, únicamente dos años, pero cumplió sus objetivos, pese a tener intereses irreconciliables y que marcarían la pauta de por lo menos los siguientes cincuenta años de nuestra historia decimonónica.

Como dice el estimado maestro Tarsicio García Díaz, “para los insurgentes la meta deseada era la independencia absoluta y la república; para los trigarantes la emancipación política y la monarquía constitucional.

Pero esto ya fue otro asunto, y quizá no muy claro para muchos como para empañarles la felicidad del momento:

*Somos independientes,
viva la libertad,
viva México, y viva
la unión y la igualdad.*

